

Metrosexuales

La última tendencia que las industrias de la moda y la cosmética intentan vender a los hombres, la metrosexual, impulsa **un cuidado obsesivo de la imagen entre varones heterosexuales con poder adquisitivo**. Se predica un *descubrimiento del lado femenino* desprovisto de cualquier inquietud intelectual

A DEBATE



POR **MARTA SANTOS**
ESCRITORA

POR **JUAN BAS**
ESCRITOR

El principal argumento de estos días en contra del hombre metrosexual es que semejante invento es *una tendencia*; es decir, una moda y por tanto una cuestión de márketing. El voraz mercado, siempre ávido de consumidores que se dejen el dinero en objetos innecesarios, se ha empeñado en que los varones pasen también por taquilla y gasten en cosméticos, depilación o perfumería. Leo en alguna revista cartas al director de enervados varones que se niegan a «tragarse con una moda inventada por los comerciantes».

Resulta curioso, sin embargo, que esos varones que tanto abominan del mercado capitalista en cuanto a la compra de cremas o perfumes sean los que acuden a ese mismo mercado compulsivamente para adquirir cosas como: ejemplares de *Marca*, Viagra, permisos para cazar, escopetas y otras armas, bonos para el gimnasio, desodorante *Axe*, innúmeras herramientas de bricolaje (que luego se quedan por ahí guardadas), teléfonos móviles que echan fotos... Cosas imprescindibles sin las que nadie puede vivir. Eso por no hablar de la acumulación de conquistas sexuales que, por desgracia, son todavía consideradas por algunos varones como acciones de márketing sexual. ¿Arreglarse? ¿Comprar productos para hacer dieta? ¿Cuidarse la piel? Ay, eso no, que es todo *un invento del mercado*.

La relación del varón con su cuerpo, en este país y hasta ahora mismo, ha sido de dos tipos: reprimirse los deseos de arreglarse para gustar con coartadas tan progresistas como *eso es cosa de mariquitas*; o mirarse al espejo y perdonárselo automáticamente todo, con pensamientos tan realistas como *Tengo hidropesía, galopante alopecia y gruesas gafas, pero no importa. Soy un buen tipo y me las voy a llevar de calle*. Es como si esos dos grupos de varones, en franco peligro de extinción, no hubiesen comprendido aún que las mujeres ya no nos conformamos con que *un buen tipo* nos invite a bailar, sino que comenzamos a exigir que se arregle, al menos, la mitad de lo que lo hacemos nosotras. ¿Para qué? Para gustarnos, faltaría más. A cualquier varón le halaga que una mujer con la que está citado se arregle para sus ojos; ¿alguien es todavía capaz de pensar que a nosotras no nos halaga lo mismo?

Respecto al mercado, podemos decir que, por desgracia, hoy ya todo está dentro de él. Pero me atrevo a especular que, con la mitad de lo que **George W. Bush** invierte anualmente en balas, arsenales y sicarios, podría someterse a una cirugía integral que lo dejara convertido en un trasunto de **Beckham**.

Cuando oí por primera vez el *palabro* éste de metrosexual, lo primero que pensé es que haría referencia a un asunto de longitud: superdotados a los que les llega el cabrestante a la rodilla. También, se me ocurrió que podía tratarse de exhibicionistas de suburbano, es decir, a los que les gusta enseñarla en el metro. ¡Cuán equivocado estaba en mis elucubraciones! Resulta que lo de metrosexual se refiere al nuevo hombre, o más bien a las nuevas estrategias y poses masculinas para algo tan viejo como intentar convencer a una señora para que se vaya a la piltra con el metrosexual de marras.

Lo de metro es por metropolitano, cosmopolita. Y es que el metrosexual es un tío muy fino y mundano, muy narcisista, que tiene una buena posición económica, trabaja en algo como de diseño o incluso es deportista –**David Beckham** parece ser el paradigma del metrosexual–, practica tai-chi y yoga, hace ejercicios en un gimnasio de diseño con aparatos que parecen el orgasmotrón de **Woody Allen**, se depila, viste muy *fashion* y de colorines, se hace la manicura, se pinta las uñas y se peina más que **Isabel Tocino**. Sabe distinguir la marca de un perfume olfateándolo a cien yardas –le pega decir la chorrada ésa de que una colonia es ingenua y divertida– y distingue el lino de la pana sólo por cómo cruje el tejido. Sobre si conoce quién ha escrito *Crimen y castigo* o *Macbeth*, no he leído nada.

Es decir, toda la parafernalia del mundo gay más sofisticado aplicada a la seducción heterosexual. Es por eso que coloquialmente se les llama *galleteros*, no por que horneen obleas de trigo, sino por la yuxtaposición gay-hetero.

Y es que parece ser que el metrosexual tiene mucho gancho con algunas mujeres, las que aprecian la potenciación del lado feme-

nino más superficial sin que se pierda la virilidad: el que un tío sepa aconsejarles que esa sandalia con cierre de pulsera no pega con ese vestido de Velorio y Luciferino o cuál es la mejor leche de burra hidratante y, llegada la hora de la verdad, sepa arrancarles la ropa con técnica de camionero de Milwaukee.

¿Qué quieren que les diga? Tampoco el tema da para mucha explayación. Otra chorrada más en los tiempos de entronización de la chorrada que corren. En esta sociedad de cada vez más frenético consumo, el mundo de la cosmética mueve ingentes cantidades de dinero.



ÁLVARO SÁNCHEZ

EL DÍA

Supongamos que aparece Bin Laden

El semanario sensacionalista británico *Sunday Express*, cuyo editor escribió hace unos meses un memorandum a los redactores en el que les pedía que publicaran más noticias sobre sexo, escándalos y asuntos polémicos no parece, en principio, el más fiable del mundo para anticipar que **Bin Laden** habría sido localizado por fuerzas especiales estadounidenses y británicas en un área montañosa del noreste de Pakistán, cerca de la frontera con Afga-

nistán. El tabloide cita una fuente de la Inteligencia estadounidense, asegura que el presunto inspirador y financiador de los atentados del 11 de septiembre está acorralado, y que entre sus acompañantes se encontraría el mulá **Mohammed Omar**. Añade que las fuerzas especiales de Estados Unidos están seguras de que no puede escapar.

Parece claro que **Bush** y su equipo electoral necesitan apuntarse un éxito relacionado con el terrorismo y la guerra. Y que la difusión de una

«noticia» de este calado apuntalaría sus posibilidades de reelección. Pero, ¿por qué filtrarla a un medio sensacionalista británico cuando la rentabilidad electoral está dentro de Estados Unidos? Sólo hay una posible explicación. Y es que ese área geográfica es perfectamente conocida por la redactora del propio *Sunday Express*, Yvonne Ridley, y ella puede haber reconocido el paisaje que acompaña a los videos en los que aparece **Bin Laden**. En octubre de 2001, **Ridley** fue deteni-

da cerca de Jalalabad, a 15 kilómetros de la frontera paquistaní cuando iba vestida con una burka en compañía de dos guías afganos. Allí estuvo retenida durante diez días acusada de espionaje, lo que podría haberle supuesto la pena de muerte. Se salvó gracias al despliegue diplomático británico y a la visita de **Tony Blair** a Paquistán para que influyera ante el jefe supremo de los talibán, el mismísimo mulá **Omar** ahora «acorralado». Lo «sensacional» es que, finalmente, fue **Omar** el que la puso en libertad.

EL ESCLAVE



JOSÉ ANTONIO
MARTÍNEZ-ABARCA

VALCÁRCEL ACUSA DE BORRACHO

Los que le tratan a diario saben de las explosiones de ira del presidente **Valcárcel**. Es una ira como la que gastaban los dioses antiguos: no es malévola, es por el bien de la humana condición, aunque no deja piedra sobre piedra, ni ruinas sin sal, ni cristiano por bautizar. **Valcárcel**, cuando el cuerpo le pilló como a los toreros, *gustándose*, y se pone a largar ancho y alto sobre alguien, podría decir lo que aquella autoridad religiosa que, durante las cruzadas, ordenó a los sitiadores de una ciudad musulmana que dudaban si hacer una sarracina habiendo devotos de la religión verdadera entre los perros infieles: *mataarlos a todos, que Dios, en su misericordia, ya sabrá distinguir entre los muertos quiénes son los suyos*. **Valcárcel** primero les extirpa el alma a todos y luego pregunta. A mí me ha llegado a llamar *payasete* a un miembro de uno de sus gobiernos, sabiendo que, si yo me iba con ese dato a la prensa o al interesado, hubiese creado una crisis de confianza segura (como lo conozco, sé que hay que tomárselo como dice el ministro **Trillo** que hay que valorar lo suyo: lo dicho hay que tenerlo por no dicho).

Ayer le pusieron una alcachofa en una inauguración cualquiera, y le vino a hacer al president **Pasqual Maragall** el mismo traje que la prensa catalana piensa desde que era alcalde de Barcelona, aunque no se atreve a escribir. Que **Maragall**, vino a asegurar el presidente murciano, no sabe nada de agua del Trasvase, y sin embargo sí mucho de vino, *porque lo bebe por hectólitros cada día*. Eso es una injuria de la que ya veremos a ver cómo sale. Me recordó lo que un alma bífida exclamó al saber que venía **Ramón Tamames** a Cajamurcia a defendernos, a sueldo, el Plan Hidrológico del que previamente ya estábamos muy convencidos: *ése sabe de agua lo que ve en los cubitos del whisky*. En Barcelona incluso bisbisean una frase aún más destructiva sobre **Maragall**, que *es mucho peor que beba demasiado; es que tiene la cara del que ya no puede pro barlo*. O sea, que peor que ser dipsómano, que es de lo que le acusa **Valcárcel**, es pasar a tomar exclusivamente infusiones de poleo menta por no reincidir. Desde luego, uno no cree que el problema de **Maragall** sea el vino, sino, si acaso, otro tipo de naufragios en la madrugada. No sé qué tendrá el más sibarita de lo que parece presidente murciano contra beber buenos caldos por hectólitros, pues él se precia de otear a Moby Dick en la lente del culo de una sabia botella cuando cena mano a mano con su imprescindible **Charo** (aunque en actos públicos se precia de mojarse los labios con *sólo una copa*), y su señor padre don **Carlos**, gran *sommelier*, dice que no cumple años, sino añadas, y divide a los vinos entre *buenos y mejores*. Llamar borracho a alguien tiene el riesgo de que el aludido responda lo que aquél escritor bohemio a la señora impertinente: *sí, pero lo mío tiene arreglo, mientras que lo suyo es permanente*.